

Palabras de concordia

Nadie ignora que las luchas políticas, al llegar a su mayor intensidad, convierten las arenas de la lid en carbones encendidos y los ánimos en espinas enconadas que hacen sangrar los corazones.

Y entonces es cuando vemos dolorosamente, que la mano del amigo no se extiende con toda su amplitud, que en los ojos del compañero de trabajo no se ve más que el anhelo de un agravio para el camarada que no piensa lo mismo, y que el espíritu del hermano ya no es un huerto florecido con las rosas de la más cordial fraternidad. Efectivamente, la ruta de los ideales se hace intransitable para la sandalia de los hombres, el horizonte se torna más sombrío y ninguna perspectiva se extiende ante la pupila nostálgica de una feria de exhalaciones en el cielo.

Costa Rica va atravesando ahora una tempestad en el océano de las pasiones políticas: las olas han llegado a salpicar con la espuma venenosa del rencor, a hombres, colectividades y partidos. Y así en medio del pavoroso vendaval, contemplamos nuestras divisiones con secreta ansiedad y con amargura infinita, como si en la nave de los presentimientos viniera navegando el infortunio de la Patria, que, antes de todo, por todo y sobre todo, reclama necesaria y urgentemente el concurso de los suyos, para curar heridas, aliviar dolores y prevenir quebrantos. Porque, a pesar de optimismos y consolaciones, la República tiene sus grandes palideces; y en consecuencia, es indispensable "que cada soldado vuelva a su campo y que cada hijo se agrupe en torno de la madre: no sea que la noche y la tormenta nos sorprendan dispersos".

Las consideraciones y frases anteriores, surgen en nuestra alma al examinar esta campaña que, por sus graves caracteres, muy bien puede dar fatales resultados, en el delirio inevitable que la pasión política produce en pechos y cerebros. Y no solo en el club y en la plaza pública, sino también en el hogar y en el taller, se da rienda suelta a la pasión, desarrollando los clarines del espíritu con un ardoroso toque de victoria. Pero es la clase obrera donde el desbordamiento parece llegar a su mayor impetuosidad, sin duda porque los vigores y alientos son en ella más pujantes que en alguna otra de las colectividades. Miembros como somos de ese gremio, hemos podido apreciar en estos últimos días la intensidad con que se habla y se discute de cuestiones eleccionarias. Y como es natural, todo esto nos duele en lo más hondo; porque se gastan nuestras energías en discusiones estériles que nos conducen muchas veces a extravíos candentes de fatales resultados. Hemos visto con frecuencia que en los talleres y las fábricas, se despedazan reputaciones como banderas de ignominia; se destilan ácidos terribles sobre la conducta de quien no piensa con el amigo Perogrullo, por ejemplo; y se llega hasta el extremo de parecer que el instrumento de trabajo, que tanto ennoblece y dignifica la vida del obrero, se convertirá en arma ignominiosa de Caines.

Muy bien está que discutamos, que externemos una opinión en tal o cual sentido; pero no es perdonable que nos dividamos tanto y que nos amenacemos como lobos, fieramente. Urge que elevemos los asuntos, llevándolos a la región serena de las ideas. Levantemos nuestras voces, no para injuriarnos, sino para recordar fraternidad, no para predicar odios y venganzas, sino para unificarnos con verdadera solidaridad humana, en la lucha por la conquista de nuestro porvenir de redención. Y alcemos nuestros brazos, no para arrojar piedras, sino para abrazarnos, no para esgrimir armas fratricidas, sino para agitar nuestras grandes banderas ideales, desplegándolas al aire como símbolos soberanos de concordia, y haciéndolas flamear bajo el cielo azul de la República, para ampararnos todos a su sombra restauradora y severa.

HOJA OBRERA excita a los infatigables luchadores del trabajo para que jamás se extravíen en las oblicuas sendas de las divisiones políticas de donde muchas veces nunca se retorna; y para que, antes de todo, se recuerde que sin fraternidad el trabajo no da los fecundos resultados de que nos hablan las hermosas parábolas nazarenas.

Los rebeldes

Los rebeldes son los que por excelencia llaman más la atención del mundo entero; son los predilectos de los escritores conscientes; son los ídolos de los independientes, puesto que este es el principio de los rebeldes; son en suma como la hoja que volando rápidamente hacia el vacío, escapa del furor del fuego que pretende consumirla; como el buey cansado, que dando una cornada a su eterno opresor, no permite que lo coloquen de nuevo el yugo sobre su cerviz; como el águila que observando el tronco carcomido que la sostiene despliega sus alas potentes y lo abandona,

lanzándose hacia la inmensidad, adonde se respira tranquilidad para el espíritu y libertad para las ideas. ¡Que bello, que sublime es el genio de los rebeldes, que altruista ese conjunto de ideales que anidan en su corazón, como una flor saturada de bálsamos vivificantes! Pero, aquí debo de hacer un paréntesis. Tal vez haya algunos rebeldes que al leer la realidad de esta exposición se crean también acreedores a ello; tal vez, —y es lo más seguro— se inclinen a creer que ellos también pueden participar en este torneo genérico de rebeldes, porque también llevan ese título, pero, permitid un momento. Es precisamente en este torneo a donde

quiero desplegar una vigilancia estricta, a donde desplegaré, hasta donde me sea posible, mis facultades de observador. Aquí en este inmenso conjunto, quiero apartar la realidad, de la farsa: la realidad para admirarla, para rendirle fiel homenaje y cantarle salmos gloriosos; la farsa, para verle la cara a travéz de la careta, obedeciendo solamente al capricho de querer sentir la impresión que produce el desconcierto, ese descontento que hace estremecer nuestro sistema nervioso cuando presenciamos la aparición de esos espectros repulsivos, creados por la farsa.

Pues bien, los rebeldes reales, son los que solo obedecen a la voz de su sana conciencia; son los que no permiten que se usurpen alevozamente los derechos del hombre. Caminan por el sendero de la justicia y por ende, se sacrifican, si es necesario, por el fiel cumplimiento de ella; son como el David de la Biblia—quien, a pesar de su baja estatura, tenía un alma grande y justiciera, demostrada así, ante la bravura de Goliat, ante aquel titánico filisteo, terror de los israelitas; son los que con abnegación y energía, velan y luchan constantemente por los legítimos derechos de la colectividad. Este rebelde es un hombre de mirada serena y franca, sus actos son moderados y por consiguiente, moralistas; hablan con mesura, con entereza, sin vacilar y dicen y demuestran siempre la verdad. Estos son pues, los que el mundo admira, porque en ellos ve al hombre libre y de sanos principios, al hombre de carácter recto y justiciero,

que "no ve las cosas según el color del cristal con que las mira", sino tales como son.

Los otros rebeldes, son de ocasión y por ambición; son rebeldes satánicos que solo procuran por el bienestar personal, no por medio del trabajo que dignifica, sino, por medio de hazañas rastreras, que hacen estremecer la conciencia pura de los hombres honrados. Vedlos: siempre andan sigilosamente aguardando la presencia de una oportunidad que les sonría, para lanzarse a la ventura, entren por donde entren, salgan por donde salgan. Son embaucadores, sicofantes, aduladores, tráfugas casi siempre, pero sin dirección determinada, son los eternos centinelas del oro, o de lo que produzca oro; ya sean estos medios lisonjas improvisadas y efímeras, o ya sea el sacrificio de sus conciencias; nunca miran de frente, ni atacan con caballerosidad y rus armas siempre son inmundas.

Estos son los rebeldes que el mundo repudia, a los que el mundo entero pone de parangón con el constrictor traidor, quien asido de su cola a un árbol, y en la obscuridad, aguarda el paso de la víctima para ahogarla entre sus anillos fríos, como la loza de un sepulcro.

Si yo fuera dibujante, dibujaría a uno de estos rebeldes ambiciosos y farsantes, e incluiría el clisé a este escrito; sin embargo, creo que no obraría correctamente, porque sin duda, ese dibujo mancillaría la pureza de las páginas de HOJA OBRERA.

Lupus

Esparta, junio de 1913.

Insolencia de una Compañía

La Compañía Constructora Inglesa acaba de cometer una oprobiosa injusticia, privando del trabajo a varios obreros que tienen ideas políticas diferentes de las que sustentan los jefes de la referida empresa de negocios.

No queremos saber si los obreros arrojados son fernandistas, duranistas o civilistas; solo venimos a condenar el hecho cometido; y para ello, vamos a desdoblarse el alma para decir cuatro palabras, desde el atalaya de nuestra sinceridad.

Si es verdad que los extranjeros gozan en nuestro país de amplias prerrogativas y derechos, eso no significa que se les autorice para tomar participación directa en los asuntos públicos y políticos. Y aunque tuvieren derecho para inmiscuirse en nuestras contiendas, el agradecimiento por la hospitalidad que se les brinda debe señalarles una conducta de tolerancia para con los hijos del país que ni siquiera preguntan de donde vienen esos extranjeros.

Parece que en todos los países la-

tinoamericanos, existe esa arrogancia de parte de quienes generalmente llegan sin que nadie les pregunte su procedencia, sus antecedentes y genealogía. Luego que ellos, después de haber pasado una vida de penurias y calamidades, se enriquecen de la noche a la mañana, improvisando grandes capitales, olvidan completamente los deberes de eterna gratitud que contraen con el país que les abrió las puertas del asilo cuando venían atenaceados por el hambre y la miseria.

Muy duros parecerán para algunos estos conceptos; pero ellos se disculpan y se justifican ante la insolencia de quienes debieran ser todo humildad y mansedumbre. Tengan ellos presente que el obrero costarricense es digno de que se le trate con toda la consideración que merece por su honradez y competencia. Y no se tome en cuenta la filiación política para cometer actos censurables como el que actualmente nos ocupa. Otro día nos ocuparemos con más amplitud del asunto.

POSTAL

Para la Srta. Emilia Casto Salas

Soy el autor de los escritos que, respecto a la hoja del amigo Zeledón, han visto la luz pública en este periódico. Ni la nobleza ni la sinceridad me exigen ni reclaman que ponga mi nombre al pie de los mismos, pues no se trata de ninguna cuestión de honor, sino de asuntos puramente doctrinales. La curiosidad femenina no es razón suficiente para que yo descubra un incógnito que conservo, no por falta de

honradez, sino porque no gusto de exhibiciones que considero inútiles. No creo haber cometido un sacrilegio al disentir de las ideas del señor Zeledón. Si es así, suplico a Ud. respetuosamente me perdone; pero no puedo pensar de otra manera.

De Ud. atto. s. s. q. b. s. p.,

X.

SEÑORES AGENTES

Suplicamos la actividad del correo y pronto envío de los fondos